

## La identidad esquiva: La relación estructura-persona en sociedades sub-institucionalizadas

Javier Díaz-Albertini F.  
Universidad de Lima

*“... la intensa atención presentada hoy en día a la cuestión de la identidad es en sí mismo un hecho cultural de gran importancia” (Bauman, 2002, p. 51).*

### Resumen

El concepto de identidad social cobra especial importancia y pertinencia en la construcción de una sociología que aborda a la incertidumbre, lo intersubjetivo, la complejidad y la diversidad como elementos constitutivos de las sociedades actuales. Es así porque se constituye en la principal fuente de sentido de los actores sociales y colectivos, los posiciona con respecto a los demás dándoles un lugar en un mundo incierto y es un ámbito esencial para ejercer la libertad. En los últimos años, sin embargo, el uso del concepto ha devenido en planteamientos plagados de lugares comunes, sobre-generalizaciones y confusiones. De ahí que la utilidad del concepto en el futuro dependa de la construcción de una mayor rigurosidad en su definición y aplicación. En este sentido, la ponencia recomienda algunos de los aspectos centrales que deben ser tratados para coadyuvar a su mayor entendimiento. Ello incluye la búsqueda de criterios que permitan diferenciar la identidad social de la personal; a la discusión sobre cómo las identidades son jerarquizadas según su relevancia o centralidad para el sujeto y la sociedad; y al lugar que ocupa el territorio en la generación de un sentido de pertenencia.

Hace unos meses leía un reportaje en el Wall Street Journal sobre una joven que no quería que su padre supiera que era lesbiana, pero su secreto fue divulgado vía Facebook. El hecho le había causado profundo malestar y afectado irremediablemente su relación con su progenitor. El reportaje concluía con la opinión de Mark Zuckerberg –fundador de Facebook- de que en el futuro *“... la capacidad de compartir información cambiará la manera en cómo construimos nuestras identidades. ‘Los días en que uno tenía una imagen distinta para los amigos del trabajo o compañeros y para sus conocidos muy probablemente acabarán pronto’, dijo en una entrevista. Los usuarios de Facebook tienen ‘una sola identidad’, sostuvo”*. Esta apreciación no sólo pone en manifiesto la reconocida soberbia del joven empresario, sino también su poco conocimiento de la sociología, especialmente en lo que respecta la construcción de las identidades sociales.

Solo basta un hecho anecdótico para poner en tela de juicio la idea de Zuckerberg. Conversaba con una señora de 85 años y comenzó a hablarme sobre Facebook. Por un lado me dijo que la ayudaba mantenerse al tanto de lo que ocurría con su familia, dispersa por todo el mundo y que también la mantenía ocupada y acompañada. Pero también señaló que estaba asombrada de cuántas lisuras y palabras soeces escribía su nieto de 12 años cuando conversaba con sus amigos y amigas. Y de ahí continuó con toda una cantaleta sobre cómo se estaban perdiendo los valores, principalmente por la falta de supervisión de la familia. Yo quise tranquilizarla explicándole que los chicos siempre han sido groseros, especialmente cuando dialogan entre ellos, la diferencia –le advertía- es que ahora existe una tendencia hacia la publicidad de sus acciones y la multiplicación de los ámbitos a los cuales llegan y afectan. El error de su nieto, le recalqué, es que hubiera aceptado su solicitud de amistad. Lo que quise decirle es que su nieto –al igual que cualquier otro actor social- no era el dueño exclusivo o el gran diseñador de su propia identidad social porque sus comentarios en la red social siempre serían interpretados desde actores posicionados respecto a él. En otras palabras, para la abuela siempre sería su nieto, para el maestro su alumno y para los pares su amigo.

Volviendo a Zuckerberg y su predicción de una sola identidad social, es claro que está equivocado porque el “quién soy” es una definición relacional, siempre negociada con otros y otras. Buena parte de esta negociación, depende de las posiciones que ocupamos ante los demás y de las relaciones de poder existentes. Pero reflexionando sobre este hecho, me di cuenta que el error de Zuckerberg –aunque quizás no en una forma tan burda- se está repitiendo con preocupante frecuencia en los escritos de las ciencias sociales. Al parecer para muchos, las identidades sociales están desapareciendo ante identidades que podríamos llamar personales o del sujeto, de pocos anclajes sociales y marcados por el presente continuo y la volatilidad. La denominada sub-institucionalidad en todas las dimensiones sociales (desde el Estado y la religión, hasta la familia), está dejando al ser humano en el desamparo, teniendo que manejar una mayor libertad, pero sin las herramientas necesarias para construir certezas y continuidades. Esta situación es caracterizada por algunos como de “nómada” ya que cambia permanentemente de trabajo, pareja, familia, comunidad y nación, llevando al surgimiento de “camaleones sociales” que adoptan identidades según les convenga (Martínez, 2006).<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Refleja en algo la anomia y con frecuencia se busca superarla canjeando la libertad por la certidumbre de comunidades políticas, religiosas o nacionales fundamentalistas y autoritarias.

Pero la multiplicación de fuentes de identidad, el debilitado compromiso hacia las identidades adquiridas, la búsqueda permanente de nuevas formas de ser y estar, la creciente publicidad de la vida personal, la estetización de la vida cotidiana vía el consumo, entre muchos procesos sociales, no han debilitado la importancia de las identidades sociales como postulan algunos teóricos. Por el contrario, hacen de la identidad un tema central en una agenda científica que busca abordar a lo complejo, dinámico y diverso en la actualidad. Considero que es así por tres razones principales.

*Primero, porque resulta un concepto sumamente útil para analizar las siempre esquivas relaciones entre lo socio-cultural y la dimensión personal y cotidiana.* Esto lo entendieron los interaccionistas simbólicos hace décadas cuando formularon la llamada "Identity Theory" (teoría de la identidad). Una de las dificultades de los herederos de Mead consistía en interrelacionar lo estructural con su aproximación claramente micro-social. A partir de los años 50 y 60 del siglo pasado, postularon que la identidad de rol era lo que vinculaba al actor social con lo macro-social. Al asumir un rol, las interacciones estarían parcialmente delimitadas por sus exigencias propias (ser madre, profesional, empleado). El actor social, no obstante, era el que determinaba qué roles eran más importantes y significativos, permitiendo un juego permanente entre lo exigido por la sociedad y la acción creativa de las personas. Otros teóricos, ven a la identidad como el proceso mediante el cual los actores priorizan y seleccionan atributos culturales como fuentes de sentido. Refiriéndose a la teoría de estructuración de Giddens (1986), en la acción social, las personas seleccionan aquellos elementos culturales que definen el objetivo de su acción. Otros pensadores sociales más recientes, relacionan la actual multiplicación de las identidades como el resultado de la ampliación del consumismo en el capitalismo actual, que se hace manifiesto en la conformación de tribus definidas por los estilos de vida. Todos estos ejemplos son intentos en entender el peso de lo institucional sobre la vida de las personas y su cotidianidad, mostrando, a su vez, como se ha ido complejizando.

*Segundo, porque la identidad está claramente relacionada con la agencia de los actores sociales y como construyen sus procesos de individualización.* Es decir, pone énfasis en cómo el individuo va marcando y creando un lugar en la sociedad. Esto se realiza en tres formas principales. La identidad es, en primer lugar, un proceso de construcción del sentido, como bien señala Castells (2001). Es construido como parte de la individualización cuando el actor social le da prioridad a ciertos atributos culturales sobre otros. También posiciona, en segundo lugar, a los actores con respecto a si mismo y los otros, lo cual coadyuva a la formación de grupos y a la

acción colectiva (Huntington, 2004). En tercer lugar, la construcción de nuestras identidades es uno de los principales mecanismos para ejercer nuestra libertad de elección (Sen, 2007). La multiplicación de fuentes de identidad en la posmodernidad abre un enorme abanico de selección, lo cual representa un reto inédito en la historia de la humanidad, pero siempre dialogando con “fuerzas sociales” que no han desaparecido, sino que se han vuelto menos predecibles y más dinámicas.

*Tercero, porque la evolución de las identidades nos permite estudiar los procesos de cambio (o de relativo estancamiento) de un conjunto social.* Hace más de una década, el psicoanalista Max Hernández (2000) publicó un libro sobre las identidades en el Perú y en la conclusión incluye una oración que nos permite entender nuestra compleja realidad. Nos dice que el Perú es un país pre-moderno, camino a la modernidad, en tiempos de la posmodernidad. Las transiciones inconclusas se observan con toda nitidez en cómo se construyen nuestras identidades. Nuestra sociedad aún tiene vestigios coloniales y estamentales que se expresan en el peso que tienen las categorías raciales, étnicas y de género en la definición de las personas y en el acceso relativo a los recursos sociales. Pero también es una sociedad que intenta construir una institucionalidad democrática en la cual se universalizan derechos y se enfatiza al esfuerzo y el logro como mecanismos centrales en la constitución identidades. Finalmente, también se viven los tiempos de las híbrides, del imperio del individuo, del reconocimiento de la diversidad e identidades líquidas construidas sobre formas diferenciadas de consumo. Al estudiar las formas cómo se construyen y atribuyen identidades estamos analizando el complejo andamiaje sobre el cual se edifica una sociedad en particular y la permanente negociación o pugna entre la tradición y el cambio.

Todas estas posibilidades y potencialidades de entender a nuestras sociedades, no obstante, pueden perderse o atenuarse si partimos de la visión simplista y muchas veces ego-centrada de que las identidades sociales han dejado de ser importantes, dando paso a un desarrollo vertiginoso al imperio de las identidades personales. Considero que una parte esencial del problema tiene en su base la falta de cierto rigor en la definición y comprensión de las identidades. Es por ello que sugiero inicialmente tres puntos en las agendas de teóricas y de investigación respecto a las identidades. Ello incluye la búsqueda de criterios que permitan diferenciar la identidad social de la personal; a la discusión sobre cómo las identidades son jerarquizadas en orden a su relevancia o centralidad para el sujeto y la sociedad; y al lugar que ocupa el territorio en la generación de un sentido de pertenencia.

## Las identidades sociales y personales

Uno de los problemas frecuentes con el uso del término “identidad” es que no se diferencia entre el componente de orden sociocultural, con aquel que define singularmente a la persona o sujeto. Tradicionalmente se diferenciaba entre la *identidad social*, entendida como la definición de las personas sobre la base de las posiciones sociales que ocupa, de la *identidad personal o del sujeto* que era una... “definición del propio yo que formula un sentido propio de lo que somos y de nuestra relación con el mundo que nos rodea” (Giddens, 2001: 61). La identidad social es el carácter que la sociedad –como otro generalizado- nos atribuye por las posiciones estructurales que ocupamos, siendo de vital importancia en la sociedad moderna, posiciones tales como nacionalidad, clase, etnia, raza y género. Mientras que la identidad personal tiene como su fuente principal al proceso de interacción y sus permanentes negociaciones. Es evidente que entre ambos tipos de identidades hay una estrecha vinculación pero la distinción analítica busca hacer hincapié en las diferencias en las fuentes de la identidad y la capacidad personal para incidir en ellas.<sup>2</sup> Considero que es esencial mantener y actualizar esta distinción.

Las identidades sociales se construyen como parte de los procesos macro-sociales y, en términos generales, muchos teóricos concuerdan que su evolución ha respondido al tránsito de sociedades pre-modernas, a modernas, y finalmente hacia posmodernas. En la pre-moderna, la identidad era adscrita y heterónoma, con casi nulo margen de definición personal y caracterizada por girar en torno a la supervivencia grupal. En la moderna es adquirida y autónoma vía un creciente proceso de individualización, pero fuertemente informado por un ethos colectivo de esfuerzo, ahorro y acumulación de credenciales en la búsqueda de una mayor productividad. En la posmoderna, la identidad social es gestionada y orientada a la imagen, y tiene al ocio como principal ámbito y al consumo como principal objetivo (Coté, 1996).

Debido al carácter gestionado y la prioridad otorgada a la imagen en las identidades posmodernas, es que muchos teóricos consideran que el peso de la definición ha pasado de lo estructural al campo del sujeto, desdibujándose o perdiendo peso así la conexión entre lo cultural y lo individual. Se postula que las personas se encuentran ahora escindidas de la otrora

---

<sup>2</sup> Hay otros autores que prefieren hacer la distinción entre las identidades colectivas y las individuales. La primera se construye alrededor de “comunidades imaginadas” y es una “identidad como nosotros”. La segunda se refiere al ego social, a la “identidad como yo” y se construye sobre la base de la biografía (Martínez, 2006: 813). Un ejemplo de las identidades colectivas modernas esenciales serían la nación y la religión, mientras que las personales podrían responder al mundo de la familia y el trabajo.

comunidad imaginada, debiendo pagar un alto precio por esta libertad: la inseguridad y la incertidumbre en sociedades en las cuales las biografías son más longevas que las instituciones (Bauman, 2004).

Pero estos postulados pueden llevar a conclusiones falaces, como es dictaminar la escisión entre lo estructural y lo personal. Y es así porque es la misma estructura del capitalismo tardío la que ha sub-institucionalizado a la sociedad porque es un sistema económico que se sustenta en sistemas flexibles, sean éstos de producción, empleo, movilidad y nacionalidad. Asimismo, porque tiene al consumo desenfrenado como fundamento del funcionamiento de la economía y ha transferido el peso de lo que nos define del lugar que la persona ocupada en el proceso productivo (obrero, campesino, burgués) a los estilos de vida que se pueden construir sobre esta base. Es justo en la construcción de la imagen dónde podemos captar el enorme peso de la cultura y estructura en la definición del yo, es decir, en la formación de la identidad personal. Es así, por ejemplo, que podemos explicar el persistente peso que tiene la diferenciación racial y de género, a pesar de los intensos procesos sociales, políticos y legales que los cuestionan y que han modificado algunas de sus características.

En la última década, el racismo ha suscitado uno de los debates más interesantes en el Perú. En términos muy simplistas, podemos resumirlo en dos grandes posiciones. Una primera insiste en el carácter estamental de nuestra sociedad, en la cual el racismo continúa siendo uno de los principales criterios de diferenciación y discriminación. De otro lado, se encuentran los que argumentan que la definición y discriminación racial ya no ocupa un lugar central en las desigualdades, o en todo caso, que se encuentra mediada por diferencias económicas, culturales o educativas. Cada una de estas tendencias, además, presentan evidencias empíricas que sustentan sus posiciones. Por ejemplo, los que ven a la raza y al racismo como factores esenciales en las desigualdades, exhiben diversos estudios que muestran cómo aún está presente en aspectos como la discriminación laboral o en las imágenes utilizadas en la publicidad. Reconocen que en las sociedades poscoloniales, no obstante, es posible reconciliar una creciente movilidad social –respondiendo a las necesidades competitivas del mercado- al mismo tiempo que se mantiene cierta rigidez producto de la adscripción genético-racial. Portocarrero (2013) postula que la “utopía del blanqueamiento” justo cumple el rol de mantener la hegemonía de la “blancura” al mismo tiempo que responde al casi universal deseo de progreso social.

Por el otro lado, los que sustentan que el racismo ha dejado de ser un elemento identitario de peso fundamental, se fijan en los comportamientos de los actores sociales y como, en los

últimos 40 años, se han rebelado contra el sistema rígido estamental que existía en la sociedad oligárquica. Para los liberales esto es producto de la ampliación del mercado que ha permitido a los diferentes entrar en contacto y tratarse de iguales, dando como resultado a una clase media que se ensancha gracias a los llamados “emergentes”. Para otros resulta del desborde popular producto de las migraciones masivas que se inician a mediados del siglo XX que pone en jaque a la república criolla y genera nuevas orientaciones culturales, económicas y políticas.

¿Es posible conciliar estas visiones encontradas utilizando el concepto de identidad social? Considero que lo es si enfocamos cómo se da la relación estructura- acción en las sociedades posmodernas. Efectivamente vivimos en sociedades sub-institucionalizadas en las cuales los procesos de diferenciación ya no se concretan en sistemas claros y visibles de dominación, sino que se cristalizan en redes sociales que son más difíciles de detectar y analizar bajo las metodologías tradicionales de la macro-sociología. Las redes sociales estructuran la sociedad vía sistemas de distribución y concentración de recursos sociales escasos, como pueden ser el acceso a oportunidades de empleo. Las decisiones sobre la selección del personal, entonces, ya dejan de ser públicas pero continúan respondiendo a identidades construidas sobre la base de formas discriminatorias, como es el racismo.<sup>3</sup> Es sólo en casos aislados –y por no decir anecdóticos- que afloran estos criterios de selección públicamente, como ocurrió con el anuncio de empleo del Instituto Superior Telesup, que entre los criterios para postular a un puesto de recepcionista incluían “muy buena apariencia”, “estatura mínima 1.60”, “de 18 a 23 años, tez clara”.

Las intersecciones entre las identidades personales y sociales –es decir, los conflictos y negociaciones entre características atribuidas socialmente y la definición personal del yo (ego social)- se notan claramente en la interesante investigación realizada por Nelson Manrique (2013) sobre los “amixers” y cómo son discriminados en las redes sociales en Lima. La cultura amixer es vista por ciertos sectores sociales -normalmente de mayores ingresos, educación y residiendo en la llamada “Lima moderna”- como un fenómeno de los barrios populares o de los conos y por asociación de los inmigrantes andinos y sus hijos. Inclusive, existe la pretensión de

---

<sup>3</sup> En el Perú operan sistemas de selección que combinan al capital cultural con el capital social como Coleman (1994) y Bourdieu (1986) identificaron para otras sociedades. El capital cultural medido, por ejemplo, sobre la base de credenciales académicas tiene gran influencia en la percepción de los egresados en la mediana y gran empresa peruana como muestran las encuestas realizadas por Ipsos. Para estos empresarios, sólo contratarían egresados de unas diez universidades, casi todas privadas y caras. Ya al interior de las empresas, estudios exploratorios examinan como entre los egresados de una misma universidad –la Universidad del Pacífico- los hombres blancos tienen mayores probabilidades de ser promovidos a las posiciones de mayor importancia en las empresas (véase Kogan et al, 2012).

segregación ciberespacial, ya que algunos buscan que los amixer se mantengan en la red Hi5 y que abandonen al Facebook. Lo importante es que el estudio muestra que las mayores libertades en la definición de una persona o colectivo, no conlleva a que los procesos culturales como el “racismo estético” pierdan fuerza o dejen de ser importantes, sino que se redefinen en el comportamiento de las personas y los espacios que habitan.

### Las jerarquización de las identidades y el compromiso

La mayor gama de categorías y posiciones sociales que potencialmente puede ocupar una persona en las sociedades modernas y posmodernas, pone en manifiesto la importancia de los procesos de selección, priorización y jerarquización entre las identidades sociales. De ahí que resulte fundamental comprender y estudiar los mecanismos o procesos mediante los cuales los individuos toman decisiones identitarias.

Así lo comprendían los teóricos del interaccionismo simbólico que postulaban una sociedad “...complejamente diferenciada pero, sin embargo, organizada”, y dado que el self es un reflejo de la sociedad, “... debe ser considerado como un constructo multifacético y organizado” (Hogg et al, 1996: 256, nuestra traducción). Los interaccionistas denominan a estos múltiples componentes del self como identidades, considerando que era un concepto esencial porque vinculaba a la estructura a la acción individual.

La mayoría de los teóricos de esta corriente, liderados por Sheldon Stryker, postulaba que la identidad social era lo mismo que la identidad de rol. Al complejizarse la sociedad, el individuo ocupaba cada vez más roles en su vida y surgía así la inquietud teórica sobre como los priorizaba. La respuesta del interaccionismo es que conocemos las prioridades del actor observando sus comportamientos, considerándose que aquellos invocados con mayor frecuencia en diferentes ocasiones y contextos, tenían mayor importancia para el individuo. Por ejemplo si una mujer debía sopesar entre los roles de ser madre o profesional, podríamos conocer su jerarquización observando, por ejemplo, si tiende a sacrificar el trabajo por los hijos o todo lo contrario. El nivel de compromiso de una persona a un rol personal es lo que determina la centralidad.

Castells (2001) cuestiona esta aproximación. Primero porque considera que el rol social no es lo mismo que la identidad. En su apreciación, los roles organizan funciones y se definen “... por normas estructuradas por las instituciones y organizaciones de la sociedad” (p. 28-29). Las identidades, en cambio:

*“... son fuentes de sentido para los propios actores y por ellos mismos son construidas mediante un proceso de individualización. Aunque... las identidades pueden originarse en las instituciones dominantes, sólo se convierten en tales si los actores sociales las interiorizan y construyen su sentido en torno a esta interiorización” (2001: 29).*

Para Castells, en la sociedad actual, la mayoría de los actores organiza su sentido en torno a una identidad primaria, la cual enmarca a las demás. Lo importante, entonces, es determinar quién construye la identidad y para qué lo hace, dado que ello determina el sentido para los seguidores. Es decir, es preciso observar las relaciones de poder en la definición de las identidades sociales. El “para qué”, a su vez, nos indica el papel de dichas identidades con respecto a las estructuras sociales, siendo posible reconocer identidades legitimadoras del sistema, identidades de resistencia o identidades de proyecto social alternativo.

En ambos casos, vemos cómo se intenta identificar y medir los procesos con los cuales los actores sociales van priorizando entre sus múltiples identidades, tarea que debe continuarse en la sociología. Pero también resulta importante examinar cuáles de las identidades sociales son más “prominentes” –es decir- aquellas que culturalmente destacan sobre las demás. Los interaccionistas denominaban esta priorización socio-cultural como “saliency”. En nuestras culturas, por ejemplo, la identidad de género es una de las que destaca y ello ocurre más allá de los deseos de las personas o sujetos. Muestra de ello, es el persistente “techo de vidrio” (“glass ceiling”) que enfrentan las mujeres en el mundo empresarial moderno y que no les permite avanzar. A pesar de que 40% de las ejecutivas en Estados Unidos son mujeres, sólo un porcentaje mínimo llega a las gerencias de división o generales. Por ejemplo, de las 500 empresas más grandes estadounidenses, sólo 12 son dirigidas por las mujeres. Diversos estudios muestran que ello se debe a que la maternidad es vista como un obstáculo a la carrera en las empresas, debido a que en el binomio madre-ejecutiva, se considera que la primera identidad es la más poderosa (véase, por ejemplo, a Oakley, 2000).

### Las identidades territoriales

De las múltiples fuentes de identidad, una de las más importantes ha sido la posición territorial: la definición de la persona que nace de las diversas unidades espaciales que ocupa y que son socialmente definidas, variando desde lo más próximo (hogar, collera, barrio) hasta territorios tan amplios como países, regiones y el mismo planeta. El territorio siempre ha estado ligado a

nuestra supervivencia como colectivo y como base de nuestra cotidianidad personal, porque está estrechamente relacionado a asuntos como el sentido de protección y pertenencia, al acceso y disponibilidad de recursos y el sentido básico de compartir un espacio apreciado con otros:

*Con muy pocas excepciones, todos los grupos culturales conocidos por la antropología tienen algún apego a un territorio o paisaje. Esto es cierto entre los nómadas como entre los agricultores, los trabajadores industriales y los programadores de computadora. Las formas de pertenencia naturalmente varían... pero el lugar ha jugado una parte durante la historia cultural humana (Eriksen, 2004: 55-56, mi traducción).*

Entonces, ¿qué implica la modernidad y posmodernidad en términos de la pertenencia e identidad territorial? De acuerdo a Talcott Parsons (1970), en el proceso de tránsito hacia la modernidad, las motivaciones y orientaciones de los actores sociales evolucionan, siguiendo a uno de los polos de lo que denominaba variables-pauta típicas de toda sociedad. Una de ellas tiene que ver con qué criterios utiliza el actor para evaluar a contextos (sujetos/objetos) y oscila entre el polo de las orientaciones “particularistas” de las sociedades tradicionales al polo de las orientaciones “universalistas” de las modernas. En términos territoriales, esto se traduce en un tránsito de orientaciones “localistas” hacia “cosmopolitas”. Es decir, en las sociedades modernas, el actor social deja de orientarse o sentirse parte de localidades próximas y pasa a identificarse con territorios de mayor extensión o nivel de cobertura, se va convirtiendo en un “ciudadano de la nación o el mundo”. Para Castells (2001), el espacio-tiempo de la posmodernidad va perdiendo todo sentido en un plano cartesiano, porque es un espacio de flujos. Lo importante son los nodos que concentran y distribuyen la información y cómo se ubican las ciudades, grupos y personas con respecto a ellos. Según Bauman (1999, 2003), el espacio ha dejado de ser importante para los que pueden participar activamente en la sociedad posmoderna y globalizada. La tecnología de comunicación y transporte, la inmediatez, las relaciones y los intercambios se liberan del espacio y tiempo, permitiendo así superar la tiranía del sitio, sea por lo virtual o por la rapidez del desplazamiento físico. El espacio responde ahora al individuo, no como ciudadano abstracto de la modernidad, sino como persona con múltiples identidades, enormes pretensiones de consumo y poca capacidad de comprometerse seriamente con su ciudad o sus territorios. Implica la disminución y, quizás, la muerte del espacio público.

Sin embargo, diversos estudios tienden a mostrar que la posmodernidad no ha afectado mayormente nuestra inclinación hacia lo local cuando se trata del sentido de pertenencia. Lo

que ha afectado es la intensidad del apego. Seguimos prefiriendo lo local sobre lo cosmopolita, pero ahora nos identificamos con muchos más lugares. Es decir, se ha extendido el abanico de lugares debido a la mayor movilidad de la población y, por ende, ha disminuido la intensidad del apego, ya que ahora se encuentra distribuido en más opciones (Smaldone, 2008; Gubert, 2005).<sup>4</sup>

El concepto de “lugar” es utilizado por las ciencias sociales para definir un espacio que ha *sido dotado de significados personales* y normalmente se expresa en el grado de “apego al lugar” – “*place attachment*” en inglés (Smaldone et al, 2008). El apego, según Smaldone, se expresa vía dos aspectos principales: (a) en la dependencia, que se mide de acuerdo a la percepción del actor de cuán fuerte es su asociación con un lugar (por ejemplo, cómo responde a sus diversas necesidades), fortaleza que puede compararse con respecto a otros lugares y (b) la identidad, que se refiere a los aspectos emocionales del apego con un lugar e incluye cogniciones sobre el mundo físico, memorias, ideas, valores, actitudes, significados, entre otros. La dependencia tiende a reflejar más los aspectos funcionales del lugar, mientras que la identidad se acerca a lo afectivo y emotivo. Ambos aspectos se ven fortalecido con la variable del tiempo, sea el vivido o relacionado con un lugar en particular, siendo el marco temporal uno de los aspectos fundamentales detrás del apego.

Pero la construcción del sentido de pertenencia sigue fuertemente ligada a relaciones de poder económico, político y social y cómo estas se territorializan. Los sectores altos creen que se liberan del espacio –sino es París, será en Tokio o quizás Nueva York- pero en todas las ciudades del mundo se apoderan agresivamente de territorios reales, concisos y concretos. A veces son espacios abandonados o antes habitados por grupos de menores ingresos y los remodelan generando nuevas áreas de exclusividad, en un proceso que en inglés se llama *gentrification* y que en castellano podríamos llamar aburguesamiento o elitización del territorio. Mientras que los sectores marginales a la plena participación en la globalización también viven en enorme dependencia del territorio porque el espacio real se cierra y los encierra. También los comprime porque habitan donde no quieren estar, pero no pueden trasladarse donde

---

<sup>4</sup> Gustafson (2009), por ejemplo, en su estudio en Suecia comparó a hombres de negocio que eran viajeros frecuentes con otros trabajadores que se desplazaban menos. Concluye que los viajeros internacionales frecuentes tienen mayores orientaciones cosmopolitas que los otros, pero sus lazos locales no son significativamente más débiles que los que no viajan o los viajeros ocasionales. Considera que el localismo y el cosmopolitanismo no deben ser tratados como polo opuestos según lo interpretaba Parsons, sino que la mayor movilidad puede ser utilizada para combinar recursos locales con los cosmopolitas.

desean. Estudios en Estados Unidos critican la versión liberal de que el territorio se organiza eficientemente por las fuerzas del mercado porque no toman en cuenta el “valor de uso” del territorio urbano y la imposibilidad de mercantilizarlo (Logan y Molotch, 2007). Por el contrario, al decir de Dreier et al (2004), el “lugar importa” (“place matters”) y muestra como la posibilidades de vida y el acceso a recursos siguen fuertemente ligados al territorio.

Estas reflexiones evidencian que los temas del territorio y de las construcciones de lugares no es un asunto sencillo y que resulta bastante aventurado clamar la muerte del espacio para un sector u otro, o considerar que nuestra identidad y pertenencia a un territorio es cuestión del pasado en un mundo global y virtualizado; o, finalmente, que las nuevas generaciones no son capaces de comprometerse y, por ende, no pueden (¿o quieren?) apropiarse de espacios en forma consistente y continua. Lo paradójico es que somos seres supuestamente camino a ser desmaterializados (etéreos, flujos, redes) pero con necesidades, anclajes y apegos territoriales, ello implica que debemos investigar nuestras formas específicas y diversas de afianzamiento en el espacio, en vez de sólo celebrar nuestra independencia con respecto al espacio. Es por ello que resulta importante continuar el estudio de la identidad territorial y cómo ha cambiado producto de la globalización y la introducción de tecnologías que impulsan la virtualización.<sup>5</sup>

## **Bibliografía**

BAUMAN, Zygmunt. “Turistas y vagabundos”. La globalización: consecuencias humanas. Buenos Aires, FCE, 1999, páginas 103-33.

BAUMAN, Zygmunt. La cultura como praxis, Barcelona: Paidós, 2002.

BAUMAN, Z. “From Pilgrim to Tourist –or a Short History of Identity”. Questions of Cultural Identity, editado por Stuart Hall, Londres, Sage Publication, 2003, páginas 18-36.

BAUMAN, Zygmunt. “Consumirse la vida”, capítulo 6 de La sociedad sitiada, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004, páginas 221-245.

---

<sup>5</sup> ¿Puede la virtualización de nuestras relaciones llevar a que dejemos más a la calle, la plaza y nos atrincheremos en nuestros espacios privados e íntimos? Esta es, sin duda, una pregunta que aún no tiene una respuesta definitiva. Hay estudios que muestran que las relaciones virtuales con frecuencia se encuentran muy ancladas a nuestro mundo real y territorial (Hampton, 2006). Estos y otros aspectos deben ser examinados en mayor detalle.

BOURDIEU, Pierre. "The Forms of Capital". Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education, editado por J.E. Richardson, New York: Greenwood, 1986, páginas 241-258.

CASTELLS, Manuel. *La era de la Información. Economía, Sociedad y Cultura*. Vol 1 La sociedad red; Madrid: Alianza Editorial. 2001

\_\_\_\_\_. Vol. II El poder de la Identidad. Madrid: Alianza Editorial. 2001.

COLEMAN, James S. Foundations of Social Theory, Cambridge: Harvard University Press, 1994.

COTÉ, James E. "Sociological perspectives on identity formation: the culture-identity link and identity capital", Journal of Adolescence, 1996, 19, 417-428.

DREIER, Peter; John Mollenkopf; y Todd Swanstrom. Place Matters: Metropolitics for the Twenty-first Century, University of Kansas Press, 2004.

ERIKSEN, Thomas Hylland. "Place, Kinship and the Case for Non-Ethnic Nations". History and National Destiny: Ethnosymbolism and its Critics, editado por M. Guibernau y J. Hutchinson, Oxford, Blackwell Publishing, 2004, pp. 49-62.

GIDDENS, Anthony. **Central Problems in Social Theory: Action, Structure and Contradiction in Social Analysis**. Los Angeles: University of California Press, 1986.

GIDDENS, Anthony. **Sociología**, cuarta edición, Madrid: Alianza Editorial, 2001.

GUBERT, Renzo. "Territorial Belonging". *Encyclopedia of Sociology*, second edition, Edgar F. Borgatta y Rhonda J. V. Montgomery (editores), vol. 5, New York, MacMillan, 2005 pp. 3128-3137

GUSTAFSON, Per. "More Cosmopolitan, no less Local: The orientations of international travelers". European Societies, volumen 11, número 1, 2009, pp. 25-47.

HAMPTON, Keith N. "La sociabilidad en red dentro y fuera de la Web". La Sociedad red: Una visión global, editado por M. Castells, Madrid: Alianza Editorial, 2006, pp.275-292.

HERNÁNDEZ, Max. ¿Es otro el rostro del Perú? Identidad, diversidad y cambio. Lima: Agenda: Perú, 2000.

HOGG, Michael A.; Deborah J. Terry; y Katherine M. White. "A Tale of Two Theories: A Critical Comparison of Identity Theory with Social Identity Theory". Social Psychology Quarterly, 1995, Vol. 58, No. 4, 255-269.

HUNTINGTON, Samuel. *¿Quiénes somos?: los desafíos a la identidad nacional estadounidense*. Paidós, Barcelona, 2004.

KOGAN, Liuba; Joanna Kámiche y Patricia Lay. "¿El origen socioeconómico y la raza pagan? Un estudio interdisciplinario sobre la discriminación racial y socioeconómica en el ámbito empresarial peruano. El caso de los egresados de la Universidad del Pacífico". Discriminación

en el Perú: Exploraciones en el estado, la empresa y el mercado laboral, editado por Francisco Galarza, Lima: Universidad del Pacífico, 2012: 137-217.

LOGAN, John R. y Harvey L. Molotch. *Urban Fortunes: The Political Economy of Place*, Los Angeles: University of California Press, 2007.

MANRIQUE, Nelson. “*Amixers: Redes sociales y racismo*”. Sombras coloniales y globalización en el Perú de hoy, editado por G. Portocarrero, Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2013: 115-142.

MARTÍNEZ SAHUQUILLO, Irene. La identidad como problema social y sociológico, *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura*, CLXXXII, 722, noviembre-diciembre (2006).

OAKLEY, Judith G. “Gender-based Barriers to Senior Management Positions: Understanding the Scarcity of Female CEOs”. *Journal of Business Ethics*, **27**: 321–334, 2000.

PARSONS, Talcott. *Apuntes sobre la teoría de acción*, Buenos Aires: Amorrortu, 1970.

PORTOCARRERO, Gonzalo. “La utopía del blanqueamiento y la lucha por el mestizaje”. Sombras coloniales y globalización en el Perú de hoy, editado por G. Portocarrero, Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú, 2013: 59-93.

SEN, Amartya. *Identidad y violencia: La ilusión del destino*. Buenos Aires: Katz, 2007.

SMALLDONE, David; Charles Harris y Nick Sanyal. “The Role of Time in Developing Place Meanings”. *Journal of Leisure Research*, vol. 40, número 4, 2008, pp. 479-504.